

XII

Iturbide y Apodaca

Así en sus tres meses de mando, acumuló Iturbide grandes elementos de triunfo para el proyecto que perseguía. Mandaba fuerzas considerables, disponía de mayores fondos que Apodaca, había enviado activos y discretos emisarios á todas las provincias, urdido admirablemente todos los hilos de la conspiración y no despreciado ningún medio que, de cerca ó de lejos, directa ó indirectamente, le ayudase en su vasta empresa. Demostró Iturbide en todo suprema habilidad, y fué su principal arma una profunda hipocresía; hipocresía que, si le levanta como conspirador, le envilece como hombre, bien que la perfidia, siempre que va seguida del éxito, desarrugue el ceño de todos los moralistas políticos, si es que la política reconoce para algo los fueros de la moral. Ayudóle mucho la ciega credulidad del conde del Venadito, de quien pudo abusar y reirse impiamente en todo el curso de la conspiración. De tal manera abusó, tanto se burló de él, que la malicia humana á *posteriori*, cargando sobre la víctima y haciendo dañada la voluntad cuando sólo era corta la inteligencia, llegó á sos-

pechar si el Virrey obraría de acuerdo con Iturbide. ¡Temeraria acusación! ¡Villana calumnia! Son los criollos consumados maestros en el infame arte del disimulo y de la perfidia, quizás—y digámoslo en su abono—porque viven en servil domesticidad en las colonias, y tienen que buscarse con falsas sonrisas las complacencias de los que mandan y ocultar los sentimientos de odio que fermentan en su alma con mentidas adulaciones. Así han engañado más de una vez á generales que pasaban en la metrópoli por tipos perfectos de astucia, zorros de la política, avezados á engañar á los demás y saturados de mundo y de corte, que allá en Ultramar han sido adormecidos por el canto de sirenas de los criollos, cándidas palomas al parecer los de uno y otro sexo que luego se han convertido en tigres sin entrañas. ¡Con cuánta mayor facilidad no había de caer en estas redes el conde del Venadito, si era este el tipo clásico del antiguo caballero de Castilla, franco, leal, ingenuo, confiado, tan incapaz de concebir infamia en los demás como de cometerla, y que tenía que luchar con Iturbide, el criollo más fino que han producido las regiones americanas en todos tiempos, que apelaba á los artificios más delicados y verosímiles para engañarle, y convertía su pasada lealtad en escudo de su presente infamia!

Aun con menos arte, aun con menos astu-

cia Iturbide, aun con menos confianza, aun con menos candidez Apodaca, aquél pudo engañarle de la misma manera. Toda la vida anterior de Iturbide se había distinguido por su lealtad firmísima á España, y no hay hombre que apoyándose en una vida constante de honra, no pueda engañar á otro aún siendo el mismo Maquiavelo, para consumir una infamia á su costa. Esta infamia á veces es una apostasía política bien aprovechada, otras un engaño privado, y á veces, como en el caso actual, decide la suerte de un imperio y vale una corona.

XIII.

Manifiesto de Iturbide

No había necesidad de esperar ya más tiempo. Reunidos en Iguala en 24 de Febrero de 1821 todos los cuerpos mexicanos que Iturbide tenía á sus órdenes y algunos de los europeos con cuyos jefes contaba, dió á conocer sus propósitos en un notable manifiesto. Decía así este documento:

¡Americanos! bajo cuyo nombre comprendo no sólo á los nacidos en América, sino á los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen, tened la bondad de oirme. Las naciones que se llaman grandes en la extensión del globo, fueron dominadas por otras; y has-

ta que sus luces no les permitieron fijar su propia, no se emanciparon. Las europeas que llegaron á la mayor ilustración y policía, fueron esclavos de la romana; y este imperio, el mayor que reconoce la historia, asemejó al padre de familias, que en su ancianidad mira separarse de su casa á los hijos y los nietos por estar ya en edad de formar otras, y fijarse por sí, conservándole todo el respeto, veneración y amor, como á su primitivo origen.

Trescientos años hace, la América Septentrional que está bajo de la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima. La España la educó y engrandeció formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados que en la historia del universo van á ocupar lugar muy distinguido. Aumentadas las poblaciones y las luces, conocidos todos los ramos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, los daños que originan la distancia del centro de su unidad y que ya la rama es igual al tronco; la opinión pública y la general de todos los pueblos es la de la independencia absoluta de la España y de toda otra nación. Así piensa el europeo, así los americanos de todo origen.

Esta misma voz que resonó en el pueblo de los Dolores el año de 1810, y que tantas desgracias originó al bello país de las delicias

por el desórden, el abandono y otra multitud de vicios, fijó también la opinión pública de que la unión general entre europeos y americanos, indios é indígenas, es la única base sólida en que pueda descansar nuestra común felicidad. ¿Y quién pondrá duda en que después de la experiencia horrorosa de tantos desastres, no haya siquiera quien deje de prestarse á la unión para conseguir tanto bien? ¡Españoles europeos! vuestra patria es la América, porque en élla vivis, en ella teneis á vuestras amadas mujeres, á vuestros tiernos hijos, vuestras haciendas, comercio y bienes. ¡Americanos! ¿quién de vosotros puede decir que no descende de español? Ved la cadena dulcísima que nos une: añadid los otros lazos de la amistad, la dependencia de intereses, la educación é idioma y la conformidad de sentimientos, y vereis son tan estrechos y tan poderosos, que la felicidad común del reino es necesario la hagan todos reunidos en una sola opinión y en una sola voz.

Es llegado el momento en que manifesteis la uniformidad de sentimientos, y que nuestra unión sea la mano poderosa que emancipe á la América sin necesidad de auxilios extraños. Al frente de un ejército valiente y resuelto he proclamado la independencia de la América Septentrional. Es ya libre, es ya señora de sí misma, ya no reconoce ni depende de la España ni de otra nación alguna, salu-

dadla todos como independientes, y sean vuestros corazones bizarros los que sostengan esta dulce voz, unidos con las tropas que han resuelto morir antes que separarse de tan heroica empresa.

No le anima otro deseo al ejército que el conservar pura la santa religión que profesamos y hacer la felicidad general. Oíd, escuchad las bases sólidas en que funda su resolución:

1ª La religión católica, apostólica, romana, sin tolerancia de otra alguna.

2ª Absoluta independencia de este reino.

3ª Gobierno monárquico templado por una Constitución análoga al país.

4ª Fernando VII, y en sus casos los de su dinastía ó de otra reinante, serán los emperadores, para hallarnos con un monarca ya hecho y precaver los atentados funestos de la ambición.

5ª Habrá una junta interín se reúnen Cortes, que hagan efectivo este plan.

6ª Esta se nombrará gubernativa y se compondrá de los vocales ya propuestos al señor Virrey.

7ª Gobernará en virtud del juramento que tiene prestado al rey, interín éste se presenta en México y lo presta, y hasta entonces se suspenderán todas ulteriores órdenes.

8ª Si Fernando VII no se resolviera á venir á México, la junta ó la regencia mandará

á nombre de la nación, mientras se resuelve la testa que debe coronarse.

9ª. Será sostenido este gobierno por el ejército de las tres garantías.

10. Las Cortes resolverán si ha de continuar esta junta ó sustituirse una regencia mientras llega el emperador.

11. Trabajarán luego que se unan, la Constitución del imperio mejicano.

12. Todos los habitantes de él, sin otra distinción que su mérito y virtudes, son ciudadanos idóneos para optar cualquier empleo.

13. Sus personas y propiedades serán respetadas y protegidas.

14. El clero secular y regular, conservado en todos sus fueros y propiedades.

15. Todos los ramos del Estado y empleos públicos subsistirán como en el día y sólo serán removidos los que se opongan á este plan, y sustituidos por los que más se distingan en su adhesión, virtud y mérito.

16. Se formará un ejército protector, que se denominará de las tres garantías, y que se sacrificará del primero al último de sus individuos, antes que sufrir la más ligera infracción de ellas.

17. Este ejército observará á la letra la ordenanza, y sus jefes y oficialidad continuarán en el pie en que están, con la expectativa no obstante á los empleos vacantes, y á los que se estimen de necesidad ó conveniencia.

18. Las tropas de que se componga, se considerarán como de línea, y lo mismo las que abracen luego este plan, las que los difieran y los paisanos que quieran alistarse, se mirarán como milicia nacional, y el arreglo y forma de todas lo dictarán las Cortes.

19. Los empleos se darán en virtud de informe de los respectivos jefes, y á nombre de la nación provisionalmente.

20. Interín se reunan las Cortes, se procederá en los delitos con total arreglo á la Constitución española.

21. En el de conspiración contra la independencia, se procederá á prisión sin pasar á otra cosa hasta que las Cortes dicten la pena correspondiente, la mayor de los delitos, después de lesa majestad divina.

22. Se vigilará sobre los que intenten sembrar la división, y se reputarán como conspiradores contra la independencia.

23. Como las Cortes que se han de formar son Constituyentes, deben ser elegidos los diputados bajo este concepto. La junta determinará las reglas y el tiempo necesario para el efecto.

Americanos: He aquí el establecimiento y la creación de un nuevo imperio. He aquí lo que ha jurado el ejército de las Tres Garantías, cuya voz lleva el que tiene el honor de dirigíroslo. He aquí el objeto para cuya cooperación os invita. No os pide otra cosa que

lo que vosotros mismos debéis pedir y apetecer: unión, fraternidad, orden, quietud interior, vigilancia y horror á cualquier movimiento turbulento. Estos guerreros no quieren otra cosa que la felicidad común. Uníos con su valor, para llevar adelante una empresa que por todos aspectos (si no es por la pequeña parte que en ella ha tenido) debo llamar heroica. No teniendo enemigos que batir, confiemos en el Dios de los ejércitos, que lo es también de la paz, que cuantos componemos este cuerpo de fuerzas combinadas de europeos y americanos, de desidentes y realistas, seremos unos meros protectores, unos simples espectadores de la obra grande que hoy he trazado, y que retocarán y perfeccionarán los padres de la patria. Asombrad á las naciones de la culta Europa; vean que la América Septentrional se emancipó sin derramar una sola gota de sangre. En el transporte de vuestro júbilo decid: ¡Viva la religión santa que profesamos! ¡Viva la América Septentrional, independiente de todas las naciones del globo! ¡Viva la unión que hizo nuestra felicidad!—Iguala, 21 de Febrero de 1821.
—Agustín Iturbide.

XIV

Iturbide rehúsa el tratamiento de teniente general

Para apretar los lazos de unión entre los proclamadores de la independencia, Iturbide citó en su alojamiento, el 1º de Marzo, á los diversos jefes de los cuerpos, comandantes de puntos militares de la demarcación y demás oficiales. Allí halagó en secreto á cada uno, según sus aficiones ó sus intereses, y en público les habló á todos de altos y nobles sentimientos, de religión, de fraternidad, de independencia, de unión entre europeos y americanos para cimentar con ella la nueva patria y el nuevo trono de Fernando VII, anunciando, como anuncian siempre los iniciadores de una revolución para asegurarse la fidelidad y el celo de sus partidarios, que por momentos esperaba la adhesión á su empresa de las autoridades eclesiásticas, políticas y militares de las provincias, y quizás hasta del mismo Virrey.

Estos halagos y este discurso eran como el preámbulo del plan de Iguala que había concebido y que iba á dar á conocer. Leyólo junto con el oficio en que se le dirigía al Virrey, un capitán del regimiento de Tres Villas, y

todos los circunstancias lo aplaudieron con entusiasmo, y no hubo uno que no ofreciese en aquellos primeros instantes de efusión hasta la última gota de su sangre por defenderlo. ¡Viva la religión! ¡Viva la independencia! ¡Viva la unión entre americanos y europeos! ¡Viva Iturbide! eran los gritos que resonaban en el salón y se repetían después en la calle, bien que muchos, queriendo juntar lo positivo á estas alegrías de ordinario tan efímeras, invitaron con tenacidad á Iturbide para que, de coronel que era, admitiese el empleo y tratamiento de teniente general, acaso llevados sin duda de su amor al jefe mexicano, ó quizás deseosos de graduar por aquel crecido premio la propia recompensa á que aspiraban.

Resistióse Iturbide á invitaciones tan reiteradas, y las razones que expuso se apoyaban en honor de la verdad en los sentimientos más nobles y más puros del corazón humano. "Mi edad madura, decía, mi despreocupación y la naturaleza misma de la causa que defendemos, están en contradicción con el espíritu de personal engrandecimiento. Si yo accediese á esta invitación, hija del favor y de la merced que esta respetable junta me dispensa, ¿qué dirían nuestros enemigos? ¿Qué nuestros amigos? ¿Qué, en fin, la posteridad? Lejos de mí cualquiera idea, cualquier sentimiento que no se limite á conservar la religión adorable que profesamos en el bautismo,

y á procurar la independencia del país en que nacimos. Esta es toda mi ambición y esta la única recompensa á que me es licito aspirar." No hay duda de que estas razones eran plausibles, honradas, generosas. Servían para dar autoridad y fuerza á Iturbide ante los pueblos y ante los soldados; servíanle además para contener el desenfreno de ambiciones y apetitos que se desarrollan fatalmente en toda revolución, y que de ordinario son su descrédito. No, no tiene autoridad el jefe de un partido ó el jefe de una revolución para negarse á hartar las concupiscencias y las codicias de sus subordinados, si en el momento del triunfo empieza él por levantarse á la cumbre, aún con merecimientos, cuanto más sin ellos; porque entonces se da el espectáculo, siempre triste y vergonzoso, de envilecer todas las posiciones, ocupando gente ruda é indocta los altos puestos de la administración á títulos políticos ó quizás por su servil domesticidad, y encaramándose á los últimos honores de la milicia, ora desde el cómodo retiro, ó de simples paisanos, ó de subalternos, los que ningún peligro corrieron en campañas de guerra, como ocurrió en tiempos de Iturbide, cuando éste, considerando inútil todo disimulo, dejó traslucir sus aspiraciones y quiso ceñir á su sien la antigua corona de los reyes Incas.

para los replevados. Hubo una de gracia.
 Tercera que se entraron solemnemente.

XV

Juramento de Iturbide

Conforme al acuerdo que tomó la Junta en el alojamiento de Iturbide, el día siguiente, 2 de Marzo, volvieron á reunirse para prestar el juramento de fidelidad. El capellán del ejército D. Antonio Cárdenas lo tomó á todos los concurrentes, después de leer en alta voz el evangelio del día. Prestólo el primero Iturbide, puesta la mano izquierda sobre el santo evangelio, y la derecha sobre el pomo de la espada, en los siguientes términos.

«Juráis á Dios y prometéis bajo la cruz de vuestra espada observar la santa religión católica, apostólica, romana? Sí juro.»

«Juráis hacer la independencia de este imperio, guardando para ello la paz y unión de europeos y americanos? Sí juro.»

«Juráis la obediencia al Sr. D. Fernando VII si adopta y jura la Constitución que haya de hacerse por las Cortes de esta América Septentrional? Sí juro.»

«Si así lo hicieréis, el Señor Dios de los ejércitos y de la paz os ayude, y si no os lo demande.»

Aquel fué un día de alborozo y de júbilo para los sublevados. Hubo misa de gracias y *Tedeum* que se cantaron solemnemente; sal-

vas de los cuerpos de Murcia, de Tres Villas y de Celaya, é Iturbide después de estos actos, volvió á su alojamiento para ver desfilar toda la tropa, sirviéndose después á la oficialidad que le acompañaba un refresco, que, como es natural, dió ocasión á vivas más estrepitosos y á más ferviente entusiasmo.

Por la tarde la tropa prestó igual juramento á presencia de Iturbide, que se presentó acompañado de su estado mayor, y que, puesto al frente de la línea que formaban los batallones, les habló de esta manera: «Soldados: habéis jurado observar la religión católica, apostólica, romana: hacer la independencia de esta América: proteger la unión de españoles, europeos y americanos, y prestaros obedientes al rey bajo condiciones justas. Vuestro sagrado empeño será celebrado por las naciones ilustradas: vuestros servicios serán reconocidos por vuestros conciudadanos, y vuestros nombres colocados en el templo de la inmortalidad. Ayer no he querido admitir la divisa de teniente general, y hoy renuncio á ésta;—dijo, arrancándose de la manga y arrojando al suelo los tres galones, distintivo de los coroneles españoles.—La clase de compañero vuestro llena todos los vacíos de mi ambición. Vuestra disciplina y vuestro valor me inspiran el más noble orgullo. Juro no abandonaros en la empresa que hemos abrazado, y mi sangre, si necesario fuese, sellará mi eterna fidelidad.»

Era natural que los soldados contestasen á este discurso con vivas y aclamaciones, era natural que se repitiesen al desfilar por delante de Iturbide cuando se retiraban á sus cuarteles. Todo en aquella tarde y en aquella noche fué alegría: no se oían más que músicas, dianas y continuas vivas, y la adulación tenía ya preparada para la banda del regimiento de Celaya, que mandó Iturbide, una marcha triunfal en honor de su coronel. La tropa era la que más se extremó en su entusiasmo y en sus vivas á Iturbide. Verdad es que había recibido en nombre de éste una gratificación en dinero y una buena ración de aguardiente.

Por lo demás, el acto de arrancarse de su manga Iturbide los tres galones de coronel y de arrojarlos al suelo, diciendo que nada más quería que conseguir la independencia de su patria y ser compañero de sus soldados, era el complemento de su renuncia del empleo de teniente general. Esto era mucho por el camino ordinario y aquello también era poco. En el fondo del alma de Iturbide fermentaba ya confusamente aquella ambición del sumo imperio que hacía decir á Vespasiano, según refiere Tácito: *imperium cupientibus, nihil medium, inter summa aut precipitia* (1).

(1) No hay término medio cuando se codicia el imperio: la cumbre ó el precipicio. A la cumbre subió, pero al precipicio bajó también Iturbide.

Entretanto prefirió el camino de la abnegación y del desinterés, máscara hipócrita de los grandes ambiciosos. Una ambición vulgar se satisface con medros escalonados que acaso la desautorizan ante la multitud cuando el aparente desprendimiento sirve para que otras ambiciones más calculadoras, hasta las groceras y burdas que no se apoyan ni en el genio ni en la virtud ni en verdaderos merecimientos, lleguen á la meta que se propusieran, haciendo resaltar á toda hora su farisáica abnegación en frente de los escuetos egósmos é interesados móviles que hormiguan en toda sociedad. ¡Tanta fuerza tiene la virtud, aun siendo sólo vana apariencia y antifaz del vicio!

XVI

Las ideas capitales del plan de Iguala

Tres son las ideas capitales del plan llamado de Iguala: el sostenimiento de la religión católica con todas las preeminencias anexas al culto más privilegiado, la independencia de México y el llamamiento de Fernando VII ó de alguno de sus hermanos para ocupar el trono de la nueva nación. Hay que convenir que para agrupar elementos, suprimir resistencias y prometerse un éxito seguro en su

atrevida empresa, Iturbide procedió con previsión consumada.

El don de la prudencia no acompañó á nuestros sabios legisladores de 1812 y menos aún á los de 1820, después de lo ocurrido en América en el primer período constitucional, cuando resolvieron aplicar, sin modificación alguna á nuestras posesiones de Ultramar, el mismo Código y las mismas leyes que se proclamaron para la Península. En un país como México, en donde el sentimiento religioso era tan vivo y tal influencia tenía el clero, de modo que uno y otro eran allí el nervio de la dominación española, el espíritu de hostilidad hacia la religión y hacia sus ministros que mostraron los liberales de 1820, fué un arma que explotó admirablemente Iturbide para atraerse aquel vital apoyo. Una parte del clero por sincera piedad, puesto que con las leyes de nuestras Cortes, creían ver en peligro la integridad de su fe y el esplendor del culto, otra parte, por miserable cálculo mundano, puesto que temía verse despojada de los pingües bienes con que estaban dotadas sus comunidades religiosas, lo cierto es que en el alto y en el bajo clero encontró Iturbide celosos partidarios y activos propagadores de su pensamiento. Soldados de la fe se llamaban sus soldados y él, desde que inició su rebelión hasta el término de la campaña de-
cía siempre sostenedor ardiente de la reli-

gión y de sus ministros. El obispo de Puebla D. Antonio Pérez, hombre de grandísima influencia en el país y que veía pendiente sobre su cabeza el decreto de proscripción dado por las Cortes de 1820 contra los antiguos peras, de cuyo número había sido, trabajó con ahinco y con desesperación por la independencia de México, á fin de sustraerse á aquel castigo.

Inútil es que ocultemos que la idea de independencia sonríe y deslumbra á todas las colonias. Sin embargo, necesario es convenir también que en México los lazos con la madre patria eran fuertes y eran numerosos. El Clero, sobre todo el alto Clero, predicaba siempre la unión. Eran infinitos los españoles allí establecidos con posición, con ricas casas de comercio, con vastas propiedades; no pocos los mexicanos cuyos intereses estaban confundidos con los de la metrópoli, y la población india, ignorante, perezosa, abandonada, se distinguía por su adhesión á los reyes de España, adhesión de que se han visto notables rasgos aún después de proclamada la república y hasta cuando existió el último imperio. Sólo en la población media, oriunda de españoles, formada en el país, sólo en la clase de criollos, con una hipocresía que admiraría el mismo Maquiavelo, dados á la ociosidad todavía más que sus padres, ávidos de posición y de medros, valientes hasta la temeridad, como

á quien cansa la vida que tiene que alimentarse del penoso trabajo diario y la aventuran por levantarse de su obscuridad y de su desdicha en el fugitivo azar de una acción de guerra, sólo en la clase de criollos, como ocurría en el Plata, como ocurría en Venezuela, como en Chile, como en el Perú, como hoy mismo ocurre en Cuba, estaban los enemigos verdaderos, persistentes, implacables y eternos de España. Hablar de independencia á esta clase era abrirle horizontes de luz y de vida, caminos de prosperidad y de grandeza; era atraérsela decididamente, era constituir con ella la falange macedónica de la revolución; formar aquellas legiones de desesperados que mandaba Catilina en Pistoya, compuestas de gentes ricas que habían venido á menos, de patricios pobres que aspiraban á más, de ociosos de profesión, de disolutos sin patriotismo y que murieron todos heridos por delante, porque para ellos no había retirada, no había fuga, no había término medio posible; preferían la muerte si no alcanzaban el triunfo que los llevase como señores á Roma.

Sin duda que no era grande el amor de estos criollos á los europeos y españoles; sin duda que no sería mucho el fervor con que aceptaban por Rey á Fernando VII ó alguno de sus hermanos; sin duda que el ideal que los enamorase sería la república, como que ella ofrece ancho campo á todas las ambiciones

que gritan y á todos los caracteres que se exageran, cubriendo con deslumbradoras exageraciones la voz de la razón y el ascendiente de la virtud en el sencillo ánimo del pueblo; pero era demasiado pronto para que los ávidos criollos se quitasen la máscara. La última revolución sofocada por las armas españolas, les había demostrado su impotencia y la necesidad de atraerse y de engañar á los cándidos españoles que cayeron de buena fe en tan torpe lazo, fuera de que, si no proclamaban también la religión y á Fernando VII, á la par que la independencia, como lo hizo el mismo cura Hidalgo, era más que posible, era casi seguro que los pobres indios destinados á ser la carne de cañón en esta guerra como lo habían sido los gauchos en el Plata, no vendrían á engrosar con sus masas los batallones de los insurrectos.

Defendíase la religión, el esplendor del culto, los bienes de las comunidades, todas las fundaciones piadosas para captarse, como se captó Iturbide, el decidido apoyo del Clero.

Defendíase la independencia para halagar el espíritu público, para conquistarse el importante y activo concurso de la población criolla.

Defendíase la unión de españoles y americanos, proclamándose por Emperador de México á Fernando VII ó alguno de sus hermanos, para seguir el campo opuesto que marcó

el grito de Dolores, funesto á los independientes en 1810, para dividir á los españoles, para atraerse su influencia ó al menos paralizar su brazo, conquistándose su neutralidad.

He aquí el plan de Iguala con sus tres ideas capitales, con sus tres garantías, por lo cual el ejército se llamó el ejército de las tres garantías ó trigarante, plan admirable para llegar á enseñorearse rápidamente de todo el territorio mexicano.

XVII

"La naturaleza nada produce por saltos, sino por grados intermedios"

Es necesario hacer justicia á Iturbide. El plan de Iguala hablaba á la vez á los patriotismos fogosos, á las inteligencias maduras y á los egoísmos aislados. Hacía más que esto, y no nos duele consignarlo como españoles: si había llegado la hora solemne de realizar la independencia de México, el interés general pedía que se realizase tal como allí se formulaba. Dejarse seducir atropelladamente por el ejemplo de los Estados Unidos, traducir su Constitución, copiar sus leyes, era caminar á una ruina cierta.

En los Estados Unidos había iniciación republicana, educación de ciudadanos, la pre-

paración noble y fecunda de la libertad. El voto de los subsidios, la elección de los grandes consejos públicos, el juicio por jurados, el derecho de reunirse para tratar y ocuparse de los negocios comunes, y otras y otras franquicias, estaban garantidos en las cartas concedidas desde el último tercio del siglo XVI, á los trece primitivos Estados que más tarde formaron la unión americana. Aun así hubo también guerra civil; Washington pasó por grandes amarguras que debió á la demagogia, virus á veces mortal que llevan en sí todas las revoluciones; torys y whigs se hicieron guerra implacable; unas razas se convirtieron en verdugos de las otras, y desde entonces se sembraron gérmenes de lucha y de encono que han dejado un reguero de horror y de sangre en nuestros días.

Lo mismo México que los demás países descubiertos y dominados por los españoles, no estaban en condiciones tan favorables para proclamar cualquiera forma de Gobierno. No se conocían allí los republicanos, por más que sean éstos en muchas partes como el agua de los torrentes, soberbios cuando la tempestad, y de miserable ó ningún caudal cuando cesa. Había en México razas distintas, de modo que no habría paz duradera hasta que una ú otra dominara por completo, á no levantarse un poder superior como la monarquía, que las tratase á todas por igual y aca-

so con benevolencia mayor á la más débil, como venían haciendo con raros intervalos desde la gran reina Católica los monarcas españoles con la raza india; allí la conquista era el origen de la propiedad, que tenía ya en su favor la prescripción secular cuando menos, y realizar la independencia á la sombra del Rey de España ó de alguno de sus hermanos, era mantener la piedra angular de aquel edificio que todo podía venirse á tierra muy fácilmente de otra manera. México, en fin, como todas nuestras colonias, había corrido la misma suerte de la madre patria azotada durante tres siglos por la mano de hierro de la Casa de Austria y de la Casa de Borbón.

Así, pues, si como dice tan bellamente el sabio Humboldt, se volvería loco sin remedio el hombre que de repente pasase de la Siberia al Senegal, no es menos cierto también que en el mundo moral ocurre otro tanto. Son de notar en este concepto las palabras de Iturbide sobre el mismo asunto; palabras que han sido una fúnebre profecía, porque los hechos las han venido á confirmar pronta y terriblemente. "La naturaleza—dice en su Manifiesto el iniciador de la independencia mexicana—nada produce por saltos, sino por grados intermedios. El mundo moral sigue las reglas del mundo físico; querer pasar repentinamente de un estado de abatimiento, cual

es el de la servidumbre; de un estado de ignorancia, como el que producen trescientos años sin libros, sin maestros y siendo el saber un motivo de persecución; querer de repente y como por encanto adquirir ilustración, tener virtudes, olvidar preocupaciones, penetrarse de que no es acreedor á reclamar sus derechos el hombre que no cumple sus deberes, es un imposible que sólo cabe en la cabeza de un visionario. ¡Cuántas razones se podrían exponer contra la soñada república de los mexicanos, y que poco alcanzan los que comparan lo que se llamó Nueva España con los Estados Unidos de América! Las desgracias y el tiempo dirán á mis paisanos lo que les falta. ¡Ojalá me equivoque!"

XVIII

La cultura de México

Hay exageraciones y hay injusticia en estas palabras de Iturbide. En México se siguió el mismo sistema, exactamente el mismo sistema que en España. La educación católica que con exclusión de toda otra se daba en las universidades, en los colegios y en los seminarios de nuestro país por los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, esa fué la que se dió también en México. Trasplantados fueron á